

Vilijampole, Gueto Kovno
19 de octubre de 1943

¡Mis queridos hijo e hija!

Les estoy escribiendo estas líneas, mis queridos hijos, cuando desde hace ya dos años nos encontramos aquí, en el valle de lágrimas, en el gueto de Vilijampole. Nos han informado que en los próximos días se decidirá nuestra suerte: el gueto en el que estamos será fragmentado y desmantelado. Sólo Dios sabe si todos hemos de morir o si alguno de nosotros sobrevivirá. Tememos que sólo los esclavos capaces de trabajar quedarán con vida, mientras que el resto será condenado, por lo visto, a muerte.

Hemos quedado aquí unos pocos de los muchos que fuimos. De los treinta y cinco mil judíos residentes en Kovno, ahora solamente se encuentran aquí aproximadamente 17,000; y del cuarto de millón de judíos residentes en Lituania (incluida la región de Vilna), menos de veinticinco mil quedan ahora aquí, en el país, y otros cinco mil, desnudos y desvalijados, fueron deportados en los últimos días hacia Letonia para realizar trabajos forzados. El resto fue ejecutado y cruelmente matado por los cómplices del más grande Haman de todos los tiempos y todas las generaciones. Muchos de nuestros seres queridos ya no están con vida: la tía Hanna y el tío ArieH fueron asesinados junto a mil quinientos residentes de nuestro gueto el 4 de octubre de 1941. El tío Tzvi, que se hallaba entonces en nuestro hospital con una pierna rota, se salvó de manera milagrosa. Los otros pacientes, junto con los médicos y las enfermeras y los parientes de los enfermos que se encontraban casualmente allí, fueron matados o quemados vivos en el hospital al ser éste incendiado por todos lados por los soldados, después de que las puertas y las ventanas habían sido cerradas con clavos; ello no permitió ninguna salida o escapatoria del fuego.

En las provincias, con la excepción de Shavli, parece que no han quedado judíos. El tío Dov y su hijo Shmuel fueron probablemente ejecutados junto a toda la comunidad de Kalvarija. Nuestro gueto, debido a factores internos y externos, ha vivido durante dos años una vida de exilio (*galut*) con esclavitud y trabajo forzado, con hambre y desnudez, en relativa calma (la mayoría de nuestras vestimentas, nuestras pertenencias y nuestros libros, nos han sido despojados por el régimen hace ya dos años).

La última masacre, la más grande, nos costó la vida de diez mil víctimas; fue el 28 de octubre de 1941. Todo aquel día, la congregación en su totalidad estuvo “bajo el cetro del emperador: quién va a vivir, y quién va a morir”. “Yo soy el hombre cuyos ojos han visto” a los que fueron llevados a la muerte. Yo mismo estuve temprano en la mañana del 29 de octubre dentro del campo, cuando éste era llevado hacia la Novena Fortaleza (*Fort*) para ser masacrado. Con mis propios oídos pude escuchar la horrorosa sinfonía de llantos, aullidos y gritos de las diez mil personas, viejos, jóvenes y bebés, que desgarraba al Cielo. ¡Nunca nadie oyó algo así en ninguna época ni generación! En ese momento, junto con muchos de los mártires, discutí con mi Creador, y con el corazón desgarrado grité junto a ellos: “¡Quién es mudo como Tú, mi Señor!”. Y mientras intentaba salvar a otros, los soldados me hirieron y fui golpeado duramente y lastimado y desangrándome me arrastraron de allí por orden del oficial de guardia. Y cuando por debilidad me desmayé, mis compañeros me llevaron hasta afuera del campo. En medio de la batahola que se

había formado, pude salvarme junto a una pequeña banda de treinta o cuarenta personas. “Los tizones rescatados del fuego”.

Fuimos ubicados en uno de los valles de la matanza en el Este. Hace dos años aproximadamente, pasaron frente a nosotros y a las ventanas de nuestras casas muchos, miles de judíos del Sur de Alemania y de Viena con sus pertenencias y sus grandes envoltorios hacia la Novena Fortaleza, situada a unos pocos kilómetros de nuestro sitio. Todos fueron asesinados allí de manera extremadamente cruel. Según nos enteramos más adelante, ellos fueron por cierto engañados: les habían dicho en sus respectivos lugares de residencia que serían llevados a Kovno para asentarse con nosotros en el gueto.

Me vengo desempeñando como jefe del gueto desde el día en que éste fue erigido. La comunidad me eligió, y las autoridades confirmaron mi cargo de Director del Consejo de Ancianos de la comunidad. Junto con mi amigo y compañero, el abogado Leib Garfunkel, quien había sido un representante del gobierno lituano, y con otra gente amiga, conducimos nuestra loca nave en medio del mar, temblando, preocupándonos y temiendo por el destino de los últimos sobrevivientes, frente a las olas de violencia y los severos decretos que día a día buscan hundirla. Gracias a mi influencia, en muchos casos he logrado que anulen sus veredictos y, a veces, dispersar las negras nubes que se ceñían sobre nuestras cabezas. Parándome siempre erguido y en guardia, no he pedido piedad sino que he defendido nuestro honor con fe y confianza en la sinceridad y justicia de nuestros reclamos.

En los momentos más difíciles de nuestras vidas, ustedes, queridos míos, siempre han estado en nuestros pensamientos y en nuestros corazones. Durante las noches largas y oscuras, su querida madre se sienta conmigo, y juntos soñamos sus vidas y su futuro. Nuestras almas anhelan volver a verlos, abrazarlos y decirles una vez más cuán cerca estamos de ustedes y cuánto laten nuestros corazones cuando nos vienen recuerdos de ustedes. ¿Y en qué momentos y a qué hora, de día y de noche, queridos míos, no nos vienen tales recuerdos? Ahora, mientras nos encontramos al borde del abismo y una espada filosa ha sido puesta sobre nuestros cuellos, sólo la fotografía de ustedes, queridos míos, está ante nosotros, y en sus rostros puedo verlo todo. Y ustedes, mis queridos, ¿cómo han vivido durante los últimos cinco años, que han sido tan duros y llenos de calamidades y desastres para los judíos de Europa? No me sorprendería que ustedes, aun viviendo lejos de esta tierra de devastación, sientan nuestro dolor y, afligidos por la pena y la tristeza, hayan temblado ante cada noticia que les llegaba desde este lugar de llanto y hayan sentido, en lo profundo de sus almas, esta tragedia horrenda como no ha habido otra igual durante todo nuestro amargo exilio.

Con respecto a mí, no hay mucho para decir. El año pasado me enfermé [...]. Incluso durante los días más arduos de mi enfermedad continué llevando sobre mis hombros la preocupación por mi comunidad y, desde mi lecho de enfermo, participé activamente en el trabajo de mis compañeros [...] desde hace medio año ya no estoy enfermo [...].

Hace seis meses aproximadamente recibimos una noticia del tío Hans, a través de la Cruz Roja, de que ustedes están bien [...]. Nos duele que mientras estamos aquí, en el valle de lágrimas, no hemos podido comunicarnos y decirles que aún estamos vivos. Sabemos cuán difícil debe ser para ustedes la incertidumbre acerca de nuestra existencia, y cuánta fuerza y ayuda les daría la certeza de saber que estamos con vida [...]. Tengo mucho miedo a la desesperación y a la apatía, ya que ellas pueden terminar con la vida del ser humano, y todos los días rezo para que ustedes, mis queridos, no lleguen a esa situación. Tengo muchas dudas, queridos de mi alma,

acerca de si podré volver a verlos, abrazarlos y apretarlos contra mi corazón, y antes de partir de este mundo y de ustedes, queridos míos, quiero decirles una y otra vez cuán preciosos son ustedes para nosotros.

¡Mi querido Yoel! Sé un hijo fiel a tu pueblo. Preocúpate por los hijos de tu nación, y no por los gentiles [...]. Trata de asentarte en la Tierra de Israel. La fuerza de la fe es enorme; ella puede desplazar y mover a las montañas de sus respectivos lugares. En tu andar no mires hacia la derecha ni hacia la izquierda, hijo mío, sino sólo hacia adelante. Y si alguna vez tú vieras a los hijos de tu pueblo yendo por el mal camino, con sus inmundicias y sus pecados, aun entonces, mi querido hijo, no te dejes desanimar. No a ellos debes culpar, sino al amargo exilio. La luz que guíe tus pasos, querido mío, debe ser siempre la verdad: ella te guiará y enseñará el sendero de tu vida.

Y con respecto a ti, mi querida hija Sarah, lee detenidamente mis últimas palabras dirigidas a Yoel. Confío, querida mía, en la claridad de tu mente y en tu inteligencia. No vivas solamente por el hecho de vivir el día, y cuando vayas por tu sendero no pidas pimpollos ni flores, ya que se secarán y marchitarán tan pronto como han aparecido. Una vida pura, una vida noble, una vida con contenido, ¡ésa es una vida hermosa! Tú y tu hermano deben recorrer juntos la vida, tomados del brazo y apoyándose mutuamente. Que ninguna distancia los separe, y que ningún acontecimiento de la vida se interponga entre ustedes.

Recuerden, ambos, lo que Amalek hizo contra nosotros. Recuérdenlo, no lo olviden durante sus respectivas vidas, y transmítanselo como un testamento sagrado a las generaciones venideras. Los alemanes nos mataron, nos masacraron y nos asesinaron tranquilamente y a mansalva. Yo los he visto; yo he estado entre ellos cuando mandaron a matar a miles y miles de hombres y mujeres, niños y bebés. Cómo pudieron comer, entonces, con tanto apetito, su desayuno de *Butterbrod* [pan con manteca], mientras dejaban que provoquen y se burlen de nuestros mártires. Los he visto regresar del valle de la matanza, manchados con la sangre de nuestros seres queridos desde los pies hasta la punta de sus cabezas [...].

La tierra de Lituania ha sido inundada de nuestra sangre por los lituanos, los mismos con quienes habíamos vivido durante cientos de años, y a los cuales, en su momento, habíamos ayudado con todas nuestras fuerzas a establecer su estado independiente. Siete mil de nuestros hermanos y hermanas fueron asesinados aquí por los lituanos en las matanzas más crueles de los últimos días de junio de 1941. También en los pueblos de las provincias fueron ellos, y no otros, quienes aniquilaron todas las comunidades sagradas por orden de los alemanes. Con un gozo especial, los lituanos revisaron, por cuenta propia, en cuevas y murallas, en campos y bosques, hasta encontrar allí sobrevivientes y entregarlos a la autoridad.

No deben tener ustedes, a lo largo de sus respectivas vidas, ningún tipo de contemplación hacia ellos. ¡Malditos y condenados sean ellos, lo mismo que sus hijos, por ustedes y por todas las generaciones venideras!

Les escribo ahora, cuando acuden a mi puerta muchas almas quebradas, muchas viudas y muchos huérfanos, muchas personas desnudas y hambrientas, solicitando nuestra asistencia. Mi fuerza es escasa; dentro mío hay un desolado desierto, y mi alma pareciera retirarse. Estoy desnudo y vacío, y en mi boca ya no quedan palabras. Pero ustedes, queridos míos, compréndanme, a mí y a lo que he deseado y lo que he querido decirles en este momento. Por un momento cierro los ojos y los veo a ambos frente a mí. Los abrazo y los beso y les digo que hasta mi último aliento soy su padre que los ama.

Eljanán [Elkes]

11 de noviembre de 1943

Agrego algunas líneas.

Hace ya dos semanas que hemos pasado de un régimen a otro. Nos han cambiado el nombre y ahora, en vez de gueto, nos llamaremos *Konzentrationslager Kauen No. 4*, contando con nuevos oficiales y funcionarios. Nuestros sacos de lágrimas aún no se han llenado. El 26 del mes pasado, se llevaron de nuestro gueto 2,709 personas. Según las noticias que hemos recibido, los ancianos y los niños han sido separados del grupo y seguramente ya no están con vida. Los que son capaces de trabajar fueron llevados a Estonia a realizar trabajos forzados.

El día 5 del presente mes, se llevaron de Shavli a todos los niños menores de 13 años junto con los ancianos y las ancianas. Les dijeron que los iban a llevar a Kovno, y seguramente ya todos habrán sido asesinados. Cerca de tres mil personas han quedado allí, en la ciudad.

En muy breve plazo, también nuestro destino será cumplido.

Estas palabras, junto con otros documentos, serán ocultados en un escondite, aquí, y rezo para que ustedes, algún día, puedan recogerlos.

Sabemos con certeza que los alemanes están ahora ocupados erradicando y borrando las huellas de la matanza que han cometido. Químicos y otros expertos en la materia quemarán ahora los huesos de nuestros mártires en la Novena Fortaleza y en otros lugares.

Con amor, afecto y bendiciones,

Su padre

Tomado de: Zwi Bachrach (Ed.), "Estas son mis últimas palabras...", Cartas póstumas del Holocausto, Yad Vashem, Jerusalén, 2006